

zacion de sus planes, tal vez desea que me interese pronto en su favor.

Estas reflexiones, y un sentimiento que no podia explicarse todavía, le hicieron mandar al paje que introdujese en su estancia á su protegido.

CAPITULO XVII.

Dicha y desdicha.

QUANDO se hallase Colon cerca de Beatriz, que le recibió con la mayor bondad, quiso disculpar su atrevimiento, demostrándole que la ligereza del paje era la que habia sido causa de que llegase hasta su estancia, porque su objeto solo habia sido hablar á Beltran.

Pero como esto no era cierto, como no era más que un pretexto que se habia forjado por si acaso parecia su visita intempestiva, en presencia de Beatriz no se sintió con ánimos para engañarla.

—Perdonad, señora; he deseado volver á veros, porque me parece cuando estoy cerca de vos que me siento con mayores ánimos para luchar y con más esperanzas para alcanzar el triunfo.

—Ya os he dado permiso para que vengais á verme cuando gustéis; pero no son muy buenas las noticias que puedo daros hoy acerca de vuestras pretensiones.

—Perdonad que os lo diga; pero en vuestra presencia es tal la gratitud que siento hácia vos, que me olvido de todo, y solo deseo ocasiones de mostraros cuánto puede mi reconocimiento.

Las mujeres, cuando no tienen la experiencia que da la práctica del amor, adivinan en el hombre que les habla cuál es el sentimiento que le inspiran.

Beatriz, observando la timidez de Colon, y al mismo tiempo la vehemencia de sus palabras, comprendió que un sentimiento más profundo, más grande que el de la gratitud, era el que le impulsaba á buscarla.

Pero se detuvo en estas reflexiones, porque temia, si iba demasiado léjos, no poder volverse atrás.

—Os he dicho, añadió, que no son buenas las noticias que tengo que comunicaros, porque despues de nuestra entrevista, ha tenido la reina, mi augusta señora, ocasion de preguntarme por vos; y he hecho lo posible por recordarla lo que ántes de veros la habia pedido, y sin embargo, ó mucho me equivoco, ú otra influencia ha contrareestado la que ejercieron mis palabras sobre su ánimo.

—Y sin embargo, dijo Colon, esta es quizás la primera vez en mi vida que oigo con indiferencia cuanto atañe al porvenir de mis ideas, porque la satisfaccion que experimento al saber que son vuestros deseos tan benévolos, para mí es superior á la mella que causan en mi alma los golpes de la fortuna.

Con haberos inspirado el sentimiento de la piedad hácia mí, me basta. He sido muy desdichado, y comprendo cuánto vale hallar en el mundo un alma bondadosa.

A ruegos de Beatriz, le refirió Colon toda su historia.

¿Por qué al hablarla de su union con Felipa, en vez de detenerse á describir la inmensa felicidad que habia disfrutado en su compañía, solo le habló con insistencia de sus desdichas al ver que la muerte le habia arrebatado la mujer que habia podido comprenderle?

¿Por qué Beatriz, sin explicarse lo que le pasaba, experimentó un pesar insidioso al saber que aquel hombre habia sido ya amado por una mujer?

¿Por qué se presentó á los ojos del marino como una mu-

jer que no creía en la felicidad del amor, que nada esperaba de la que habia cerrado su corazón á sus emociones?

¿Misterios son estos del corazón humano; misterios que obedecen á la voluntad de la Providencia!

La expansion y la confianza de sus dos almas acortó más aún la distancia que los separaba.

—¿Me permitireis que vuelva á veros?

—Volved cuando gustéis, respondió ésta. Soy muy jóven aún para decir que os profeso un afecto muy parecido al que os tendria vuestra madre; pero ¿para qué ocultároslo? En mí hallareis siempre el afecto de una hermana.

Era muy poco.

Colon mismo, casi olvidado de las ideas que le animaban, sintió en extremo que las desgracias de aquella mujer hubieran convertido, al parecer al ménos, su corazón en frío mármel.

Ignoraba todavía que debajo de aquella frialdad se ocultaba un volcan, un volcan comprimido.

Más de una hora hacia ya que la campana de la catedral habia recordado á los vivos sus deberes para con los muertos.

Colon abandonó, sin saber lo que le pasaba, la morada de aquella mujer, que habia cambiado por completo su modo de ser.

Al salir, no bien hubo andado algunos pasos, tropezó con un bulto.

—¡Calle! ¿Sois vos, señor Colon? dijo un hombre que se tambaleaba.

En la voz reconoció en seguida al soldado Martin Carrasco.

—No desperdiciáis el tiempo por lo que veo, añadió el soldado, dándole á entender por el tono de su voz que estaba más alegre que de costumbre.

—¿Qué decís? exclamó Colon.

—¡Já, já, já! Veo que sois un pretendiente en toda regla: no dejais á sol ni á sombra á vuestra amable protectora.

—¡Martin Carrasco! exclamó Colon con acento de reconveñion.

—No lo podeis negar. Os he visto salir de la morada de doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

—Mentís.

—Si me decís que miento, voy á creer que hay algo más entre vos y ella que el deseo de ser protegido y el de proteger.

Colon, indignado, iba á arrojarle sobre él; pero notando que no estaba en su cabal razon:

—Os disculpo, le dijo, porque veo que no estais en vuestro cabal juicio, y para que veais que no os guardo rencor, venid conmigo á la posada y buscad reposo en el lecho.

—¿Yo acompañaros? De ningun modo; he jugado y ganado. Es cierto que he bebido más de lo regular, pero no importa. Yo sé dónde se pasa la noche alegremente, y puesto que he ganado y estoy de buenas, voy á ver si aumento mi fortuna y regalo mis sentidos.

El soldado se alejó.

Colon pensó que al dia siguiente se habria olvidado Martin Carrasco de su nocturna entrevista.

Desgraciadamente no fué así.

Aquella misma noche fué el soldado á una casa de mal vivir, en donde se reunian algunos compañeros, toda la gente perdida de Córdoba, y en donde se jugaba y se rendía culto al amor profano.

Allí, en medio de los tahures y de las barraganas, manchó el nombre de Beatriz pronunciándole, y al ver que sus palabras producian efecto, en vez de contar simplemente que habia visto salir de la puerta de su casa á Colon, calumnió á su protectora.

Al dia siguiente se habló en la corte de aquel suceso, y

como no faltaban personas á quienes convenia que otra dama ménos escrupulosa que Beatriz disfrutase del favor de la reina, fué un arma poderosa que emplearon algunos palaciegos para desacreditar á Beatriz á los ojos de su soberana.

Beatriz nada supo, y al dia siguiente, cuando fué á ver á la reina, deseosa, con la mejor buena fe del mundo, de hacer algo en favor de Colon, aprovechó un momento oportuno para preguntarla si su confesor la habia hablado.

—Veo que te interesas mucho por ese extranjero, la dijo la reina, á cuyos oidos habian llegado rumores de la visita que habia hecho Colon la noche anterior á Beatriz.

—Vuestra majestad sabe los motivos que tengo para interesarme en su favor.

—Sé más aún; sé que le recibiste anoche, y que salió bastante tarde de tu casa.

Las mejillas de Beatriz se encendieron.

Aquellas palabras, dichas sin ánimo de ofender á la jóven, y pura y simplemente como una muestra de confianza y afecto hácia ella por parte de su reina, hirieron profundamente su corazon.

Más tarde oyó, sobre poco más ó ménos, las mismas alusiones á algunas damas de la corte.

Sufrió lo que no es decible.

—¡Dios mio, Dios mio! se dijo. ¡La calumnia ha podido cebarse en mí! La desgracia de ese hombre es inmensa, y sin embargo, ya es imposible que le proteja; mi desinteresado afecto hácia él se consideraria como el fruto de una debilidad.

¡Oh! No; no volverán mis labios á pronunciar su nombre en Palacio, y yo misma procuraré cuanto ántes retirarme para siempre de los que no comprenden la bondad si al mismo tiempo no la calumnian.

Cuando llegó á su casa no pudieron ménos de notar en su

rostro sus camaristas, y sobre todo Inés, la agitacion que la dominaba.

A sus preguntas no respondió, y llamando á Beltran, despues de haber escrito en un papel algunas líneas con febril mano:

—Lleva esto al extranjero que vive en la posada inmediata, dijo al paje.

Poco despues recibió Colon la misiva.

—«No volvais nunca á verme,» le decia Beatriz.

—¿Qué es esto, Dios mio? exclamó Colon, presa de una horrible angustia.

Quiso llamar al paje para preguntarle lo que habia pasado; pero habia desaparecido.

Volvió á leer muchas veces la carta, notó en los caracteres que los habia trazado una mano febril, quiso ver á Beatriz, hablarla, pero la órden que le daba era terminante.

Aquel golpe, despues de haber confiado, era más terrible que los anteriores.

Colon quedó sumido en el más profundo abatimiento.

Al ver que no bajaba, subió el posadero á informarse del motivo que le retenia en su habitacion, y le encontró frio como la nieve, sin movimiento, exánime.

Inmediatamente fué á llamar á un médico judío, y cuando llegó, el infeliz marino se hallaba dominado por una fiebre espantosa.

Era tal su delirio, tan alarmantes los síntomas que presentaba su enfermedad, que el hombre de ciencia le contó con los muertos.

Su enfermedad duró bastantes dias.

A pesar de su pobreza, nada le faltó.

Un ángel habia velado á su lado.

Este ángel fué Beatriz.

CAPITULO XVIII.

Ardides del amor.



BEATRIZ supo al dia siguiente por su paje Beltran que su protegido estaba enfermo.

Maese Repulgo, que no las tenia todas consigo acerca de la solvencia de su huésped, cuando le vió enfermo y oyó al doctor recetarle algunas drogas, se creyó con derecho para registrar el limosnero de Colon, y halló unos pocos maravedís, que constituian todo el tesoro del pobre extranjero.

—Pues, señor, esto va mal, se dijo: yo bien conozco que la caridad me ordena hacer cuanto pueda por el prójimo; pero si luego no puedo resarcirme de los gastos que haga en su beneficio, y no consigue realizar su pretension, habré ganado mucho para el cielo, pero lo que es para la tierra nada absolutamente.

Y partiendo de este principio poco generoso y nada cristiano:

—Pues lo que es yo, se dijo, no he de desatenderle ni perder mi dinero.

Y obedeciendo á una idea que cruzó por su imaginacion, y como habia oido á los demas huéspedes, y aun al mismo Colon, que era su protectora doña Beatriz Enriquez de Córdoba, se dirigió á casa de la dama de la reina, y el primero á quien halló fué á Beltran.

Ademas de conocerle por ser vecino, recordó que el paje